JORDI SOLÉ TURA

LA UNIDAD DE LA IZQUIERDA

Conferencia pronunciada en
Club Siglo XXI (Madrid)
29 de octubre de 1979

Hace algunos meses, desde esta misma tribuna tuve la ocasión de hacer un primer análisis de las elecciones legislativas de marzo. Dije entonces que los resultados electorales destruían la hipótesis de la campaña electoral de las dos fuerzas más votadas, esto es, la hipótesis de una tendencia general al bipartidismo y que, por tanto, la única alternativa coherente que se planteaba ante la situación creada -- que conducía a un gobierno de minoría -- era la de un gobierno de amplia participación o gobierno de concentración.

Expuse también cuáles eran los peligros que conllevaba un gobierno de minoría, a saber: agravación probable de las tensiones sociales; dificultad de salir de la crisis económica con un grado aceptable de corresponsabilización de todos los sectores sociales; incapacidad de impulsar la democratización a fondo de los aparatos del Estado; incapacidad de hacer frente al terrorismo y a sus implicaciones; problemática puesta en marcha de las autonomías; dificultades de llevar a cabo una política internacional adecuada a las necesidades de España, etc.

Sin embargo, hemos tenido un gobierno de minoría. Un gobierno que surgió inicialmente con el apoyo de Coalición Democrática y que luego fué trampeando las situaciones difíciles con apoyos variados y circunstanciales (nacionalistas vascos y catalanes, P.S.A., etc.) Un gobierno de estas características tenía que ser forzosamente un gobierno débil, obligado a pagar a un alto precio los apoyos recibidos (como se vió en seguida en relación con Coalición Democrática) y, por tanto, incapaz de dar respuesta adecuada a las exigencias surgidas desde los más diversos sectores sociales.

Un gobierno de estas características corría el peligro de tener que escorarse rápidamente hacia la derecha y de dar, por consiguiente, respuestas estrechamente clasistas a los grandes problemas nacionales. Y ese peligro, aceptado y hasta teorizado por el propio presidente Suárez cuando anunció el fin del consenso en el discurso que pronunció en la agitada y reveladora sesión parlamentaria de investidura, se ha convertido en realidad. De este modo, en unos momentos de grave crisis económica y social, con importantísimos problemas nacionales e internacionales por resolver, el país no ha contado con un gobierno fuerte y representativo de todas las aspiraciones democráticas, sino con un gobierno débil, dependiente de

3

mayorías circunstanciales y ligado a intereses sociales estrechamente clasistas.

¿Cómo ha sido posible esto? El factor decisivo radica, a mi entender, en la incapacidad de las fuerzas de izquierda de ofrecer una alternativa que obligase al gobierno de U.C.D. a tener en cuenta su gran peso específico y que, a la vez, redujese el espacio de maniobra de este mismo gobierno de minoría.

Las elecciones legislativas no resolvieron grandes problemas, pero si despejaron una incógnita fundamental: la de la"alternativa" anunciada por el P.S.O.E. El fracaso de esa alternativa se completó con la crisis abierta en el propio P.S.O.E. en su XXVIII Congreso.

Todo ello dió un gran margen de maniobra a U.C.D., que pudo concentrar su ataque principal contra los comunistas, dividir a las centrales sindicales y ejercer una fuerte presión para romper los pactos concluídos entre socialistas y comunistas tras las elecciones municipales de abril.

Otra de las incógnitas que despejaron las elecciones legislativas de marzo fué la de la derecha política. Tras el descalabro de Coalición Democrática, la U.C.D. ha tendido a llenar el espacio de esta derecha , asumiendo explícitamente los intereses políticos, sociales y económicos de los sectores de la derecha social (C.E.O.E., etc.).

El resultado de todo ello es que la política oficial de estos meses ha sido una superposición de líneas diversas, una alternancia entre enfrentamientos y consensos, a veces mezclados en el tiempo, sin una línea directriz clara ni una división marcada.

Las expresiones más claras del enfrentamiento (que en algunos casos ha tomado un carácter muy radical) son , a mi entender, las siguientes:

- El Plan Económico, centrado en una concepción "neoliberal" radicalmente contraria a los intereses de las clases trabajadoras.
- La política sindical, centrada en cuestiones tan conflictivas como el Estatuto de los Trabajadores, la devolución del patrimonio sindical, etc. y orientada hacia la división de las centrales sindicales, con una marginación sistemática de Comisiones Obreras y un intento no menos sistemático de compromer a U.G.T..en las opciones de la patronal.
-- El ataque frontal contra los comunistas en el plano político y el ya citado ataque contra C.C.O.O. en el plano sindical, con ribetes de

guerra fría y con puntas de anticomunismo elemental, propias de la época franquista.

-- Una política de desarrollo constitucional que tiende a cerrar las puertas abiertas por la Constitución en sentido restrictivo, estrechamente clasista, con el acento puesto en el mantenimiento de las estructuras tradicionales de los aparatos del Estado (o con leves retoques, en el mejor de los casos) y no con una clara e inequívoca voluntad de democratización en profundidad. Baste recordar los proyectos de ley del Tribunal Constitucional, del Consejo General del Poder Judicial, de Financiación de las Autonomías, de Policía de las Comunidades Autónomas, el conjunto de leyes relativas a la enseñanza, etc.

-- Una política internacional oscilante, con veleidades neutralistas y a la vez con profundas implicaciones atlantistas. Se trata, en todo caso, de una política internacional incapaz de dar una salida coherente a algunos de los problemas más urgentes de nuestro país. Baste recordar las inconsecuencias de la política española en relación con el tema del Sahara.

Y así se podría seguir con otros temas conflictivos. Pero a la vez, hemos tenido estos meses importantes momentos de consenso político. Quiero recordar sólo algunos de ellos:

-- La aprobación de los Estatutos de Autonomía de Euskadi y de Cataluña aunque en ambos casos haya habido que librar una dura batalla, no plenamente ganada, contra las resistencias del centralismo.

-- La lucha contra el terrorismo, en la que se ha producido la práctica unanimidad de las fuerzas políticas más importantes.

-- Algunos aspectos de la política internacional, como el acercamiento a la política de no alineamiento (en la Conferencia de La Habana) y el impulso a la entrada de España en la Comunidad Económica Europea (aunque este impulso se esté llevando a cabo de manera demasiado unilateral, sin la información debida y sin buscar la corresponsabilización de todos los sectores políticos y sociales afectados),

El resultado de esta política variopinta y oscilante, de esta superposición de líneas diversas, de esta superación de momentos difíciles con mayorías cambiantes y circunstanciales se puede sintetizar así:

-- La crisis económica, elemento fundamental de la situación, se sigue agravando, sin que resulte factible la salida estrechamente clasista que intenta U.C.D. Baste considerar la enorme

carga de conflictividad y de tensión que provoca el aumento incesante del paro y la incapacidad de controlar la inflación.

-- Como consecuencia de ello aumentan los conflictos y los enfrentamientos sociales , tanto en el terreno sindical como en otros más específicamente políticos (enseñanza, derechos de la mujer, libertad de expresión, etc.)

-- Los aparatos del Estado no se han democratizado ni con el ritmo ni con la intensidad suficientes para poder hablar de una auténtica consolidación de la democracia. Piénsese en el caso, auténticamente escandaloso, de una RTVE que sigue funcionando prácticamente con los mismos criterios que en el período franquista. Y lo mismo se podría decir de otros aparatos y otras instituciones del Estado.

-- Los nuevos municipios democráticos chocan con gravísimas dificultades, pues operan todavía con una estructura administrativa y jurídica pensada en función de los municipios franquistas, carecen de recursos suficientes para enfrentarse con los graves problemas que tienen ante sí y, en definitiva, corren el peligro de desgastarse rápidamente ante la intensidad de las exigencias de la población y su incapacidad de dar respuesta urgente a las mismas. Yo no sé si esto corresponde o no a una política deliberada de U.C.D., que ha perdido el control de los principales ayuntamientos del país. En todo caso una auténtica política nacional exige ayudar a <u>todos</u> los municipios, sean de izquierdas, de derechas o de centro, a salir adelante para dar credibilidad y fuerza al proceso democrático general.

-- La inseguridad ciudadana ha aumentado considerablemente, convirtiéndose en un serio problema político. Y ello se debe no sólo a la agravación de las tensiones sociales sino también a la incapacidad del gobierno de adaptar las Fuerzas de Seguridad a unas tareas para las que no están ni mental ni orgánicamente preparadas.

--La puesta en marcha y la consolidación de las autonomías, elemento decisivo para fortalecer el proceso democrático, se están haciendo con graves insuficiencias y contradicciones. Mientras se aprueban los Estatutos de Autonomía de Euskadi y Cataluña, en medio de serias tensiones, se frenan los traspasos a los Entes Preautonómicos y algunos de éstos corren el riesgo de convertirse en meros nombres carentes de contenido político real.

-- Nuestra política internacional se caracteriza -- como decía -- por una serie de vacilaciones y de inconsecuencias. La U.C.D. acude a la Conferencia de La Habana y habla de reforzar los vínculos con los

6

países no alineados a la vez que propugna abiertamente la entrada de nuestro país en la O.T.A.N. En el tema capital del Sahara, se hacen gestos de acercamiento al Frente Polisario, pero a la hora de la verdad se cede ante las presiones de Marruecos. Y así podríamos seguir.

-- La consecuencia global de todo ello es una política que no da respuesta a los problemas fundamentales del país, que no resuelve las cuestiones más urgentes, que provoca un alejamiento entre el mundo oficial y la inmensa mayoría de la población. De ahí la creciente desmovilización del pueblo, la tendencia a cada vez mayor (y ya muy preocupante) a la abstención electoral y, en definitiva, el auge de lo que desde un punto de vista periodístico se ha dado en llamar el desencanto de una gran parte de los ciudadanos españoles. Se trata ,pues, de una política que repercute negativamente no sobre tal o cual sector social, no sobre tal o cual sector político, no sobre tal o cual nacionalidad o región, sino sobre toda la sociedad española y, por tanto, incide negativamente sobre el conjunto de nuestro sistema democrático, todavía tan frágil

Un ejemplo de ello es, sin duda, el resultado de los referenda autonómicos celebrados la semana pasada en Euskadi y Cataluña, con un índice de participación anormalmente bajo y desde luego muy preocupante. Aunque este índice no debe valorarse igualmente en un caso y otro, pues la situación no era ni es la misma y en Euskadi el resultado global constituye, sin duda, un gran triunfo de las fuerzas democráticas y una grave derrota del terrorismo, lo cierto es que las dos consultas electorales han carecido del clima de entusiasmo y de vigor democrático que sin duda hubiesen tenido si la situación política general hubiese sido otra, si la mayoría de la población se hubiese sentido más plenamente identificada con los problemas de nuestro sistema democrático y con las soluciones que se dan a todos ellos.

No es este el lugar de entrar en un análisis en profundidad de estas dos consultas electorales y por ello me limitaré a mencionarlas como un signo indicativo de la intensidad de los problemas creados por la política oficial del gobierno. No quisiera,por lo demás, que estos resultados fuesen interpretados por la derecha social y política como un signo de desinterés de los pueblos por la autonomía y que,por ello, se convirtiesen en excusa para limitar las

autonomías futuras y hacer todavía más lento y difícil el proceso autonómico general. Digo que no quisiera que esto ocurriese porque mucho me temo que esto va a ocurrir, a juzgar por algunas opiniones oficiosas que ya se han expresado en los medios de comunicación.

Por todo ello, el gran problema político con que nos enfrentamos, la gran alternativa que tenemos que resolver es si vamos a seguir trampeando la situación como hasta ahora, con enfrentamientos y consensos parciales, circunstanciales, variables y en algunos casos hasta fortuitos, o si vamos hacia una alternativa global, hacia una política de amplios acuerdos programáticos y de corresponsabilización de las fuerzas políticas principales.

Cierto que en la situación actual no se plantea como perspectiva inmediata la formación de un gobierno de concentración, aunque los comunistas seguimos convencidos de su necesidad para resolver los grandes problemas del país. Y no se plantea por dos razones. En primer lugar, por la propia situación de la U.C.D., dividida entre su aspiración centrista e interclasista (así proclamada, por lo menos) y su tendencia objetiva cada vez más marcada a representar los intereses exclusivos de la derecha económica social. Y en segundo lugar, no se plantea por la división de las fuerzas de la izquierda, tanto en el plano político como en el sindical.

En estas circustancias, lo máximo que se puede esperar es una reafirmación de la política de consenso, pese a sus limitaciones y hasta a sus connotaciones negativas. El consenso es una forma menor, adjetiva e insuficiente de la política de amplia unidad que haría falta para defender los intereses de la clase obrera, de las clases populares y, en general, de la mayoría de la población. Pero, a pesar de ello, es una vía que no se debe abandonar. Tiene el peligro, según como se formule y se concrete, de aumentar todavía más la confusión de los ciudadanos. Pero hay que insistir y profundizar en ella para avanzar , en la medida de los posible, hacia una política de unidad y de corresponsabilidad nacionales.

Ahora bien, la premisa indispensable para una política de auténtica defensa de los intereses de la clase obrera y del conjunto de las clases populares es la unidad de las fuerzas de la izquierda y,más concretamente, la unidad de las dos principales, los socialistas y los comunistas. Si esta unidad no se alcanza, las clases populares estarán

8

políticamente a la defensiva y el país se moverá como hasta ahora, a bandazos.

II

La necesaria unidad política entre los socialistas y los comunistas sólo ha avanzado hasta ahora en un terreno: el de los pactos municipales. El balance que se puede hacer de esta unidad, por provisional que sea dado el escaso tiempo transcurrido, es a mi entender altamente positivo. Ha sido beneficioso para las clases populares y para el país en general, pese a las limitaciones con que han chocado las nuevas administraciones municipales de izquierda. Es preciso, pues, consolidar lo conseguido y ampliarlo a otras fuerzas para dar más vigor y solidez a los gobiernos municipales.

Pero es indudable que esta unidad, por muy positiva que sea, es insuficiente y debe extenderse a otros niveles. Quiero señalar algunos de ellos, los más importantes:

-- Hay que conseguir la unidad en el terreno sindical. Los objetivos son muy concretos y muy importantes: conseguir un Estatuto de los Trabajadores que dé satisfacción a las aspiraciones de la mayoría de éstos; mantener y mejorar el poder adquisitivo de los salarios; luchar decidida y eficazmente contra el paro; luchar por hacer efectiva la democracia en el seno de las empresas; luchar por un control eficaz de la seguridad social, etc.

-- Hay que conseguir, igualmente, la unidad de acción en el terreno de los movimientos populares. Ahi están los grandes temas de la enseñanza, de la vivienda, de la sanidad, de las reivindicaciones feministas, de la ecología, etc. Es necesario impulsar el movimiento asociativo en los barrios, entre los padres de alumnos, entre las mujeres, entre los jóvenes, etc.

-- Es fundamental también la unidad de acción en el plano legislativo. Tenemos en perspectiva la gran tarea del desarrollo legislativo de la Constitución, la democratización de los aparatos y las instituciones del Estado, etc. Esta tarea vital sólo se cumplirá en sentido favorable a las aspiraciones de la mayoría de la población si la izquierda es capaz de presentar un frente unido.

-- Es necesaria la unidad de acción en el terreno de la política internacional y más concretamente en las grandes cuestiones: la nega-

tiva al ingreso de España en la OTAN; la solución democrática de la cuestión del Sahara, de acuerdo con el principio de libre autodeterminación del pueblo saharauí; el impulso de una política de neutralidad y de no alineamiento; la lucha por la superación de la división del mundo en bloques militares y políticos; etc;

-- También se requiere una sólida unidad de acción en la cuestión de las autonomías. Esto significa acuerdo y acción unidad en lo que respecta a la puesta en marcha de las instituciones autonómicas, en la definición de los ritmos del proceso autonómicos general, en la especificación de los contenidos de las autonomías, etc.

Todo ello, naturalmente, con el objetivo táctico de incidir en las contradicciones de la U.C.D. para llevar a ésta a un terreno consecuentemente democrático, impedir su desplazamiento hacia la derecha y evitar la escisión de la sociedad española en dos bloques cerrados en torno a los grandes problemas del país. Esto significa, pues, hacer de la unidad de la izquierda el aglutinante de una constelación política a la que deben incorporarse otras fuerzas, con el objetivo de fortalecer nuestro sistema democrático y dar una salida de corresponsabilidad nacional a la grave crisis económica.

III

En este contexto, adquiere una particular importancia el reciente Congreso Extraordinario del P.S.O.E., congreso convocado, como es sabido, para encontrar una salida a la situación cradad por el XXVIII Congreso de este partido.

Lo primero que hay que analizar, al margen de las valoraciones coyunturales y de los análisis sobre la composición del equipo dirigente -- problemas en los que no creo necesario ni conveniente entrar ahora -- es todo cuanto atañe a las definiciones programáticas y las elaboraciones tácticas y estratégicas.

En lo que se refiere al programa, lo que más llama la atención es la coincidencia sustancial no solo con los objetivos sino también con los conceptos del programa de los comunistas. El P.S.O.E. habla ahora de la necesaria "revolución de la mayoría", utilizando el mismo concepto que los comunistas (y acuñado, por cierto, por el viejo Engels).

El P.S.O.E habla igualmente de "bloque de progreso", según un concepto sustancialmente idéntico al de "alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura" utilizado por los comunistas para definir las fuerzas sociales que deben constituir el motor de esa "revolución de la mayoría", como perspectiva estratégica del cambio social en prpfundidad en un contexto democrático y pluralista.

No hay, pues, diferencias sustanciales en esta noción programática general entre socialistas y comunistas ni cabe hablar, por consiguiente, de filosofías contrapuestas que hagan imposible la unidad.

Ahora bien, estas concepciones programáticas no han sido enunciadas en el vacío sino que el propio Congreso Extraordinario del P.S.O.E. las ha matizado en función de una serie de consideraciones tácticas. Así, en palabras del mismo Secretario General, Felipe González, toda la perspectiva estratégica queda subordinada a la previa conquista de la hegemonía por los socialistas en el seno de la izquierda. Esta lucha por la hegemonía adquiere particular transcendencia, desde la perspectiva socialista, en el terreno sindical. Sin la hegemonía sindical no hay hegemonía política y en consecuencia la unidad que debería resultar de la coincidencia programática con los comunistas queda condicionada al resultado de este combate por lahegemonía sindical. El Congreso Extraordinario del PSOE no ha puesto,por consiguiente, el acento en la conquista de la hegemonía por la izquierda en su conjunto sino en la conquista de la hegemonía en el seno de la izquierda por parte de los socialistas.

Corolario de esto -- y concreción del concepto de "alternativa"- es la libertad de acción para realizar alianzas en solitario con quién sea. Es significativo, al respecto, que no hubiese mayores discusiones en lo relativo a las grandes definiciones pgramáticas pero que sí las hubiese, en cambio, en lo que concierne al tema de las alianzas. Ahora bien, ¿ qué significado tiene esa "libertad" para concluir alianzas ? El único que puede tener es que el P.S.O.E. se considera a si mismo como exclusivo eje vertebrador del proyecto socialista y entiende que este proyecto se puede llevar a cabo o bien en solitario o bien en alianza con fuerzas que pueden ser los comunistas y pueden no serlo, es decir, que el proyecto socialista se puede realizar sobre la base de la unidad de la izquierda o con una alianza con fuerzas de centro.

Esta es la principal ambigüedad, la gran contradicción de la perspectiva táctica y estratégica definida por el Congreso Extraordi-

Dejando al margen el problema de una alianza exclusiva con fuerzas de centro, que convierte a los socialistas en simples gestores del sistema capitalista, la otra posibilidad es el ejercicio del poder en solitario. Ahora bien,

nario del P.S.O.E.

En efecto, hay que preguntarse en seguida si esta estrategia es posible. ¿Cabe pensar en una conquista y un ejercicio del poder en solitario en una sociedad tan compleja como la nuestra ? Creo que la respuesta se puede encontrar en el ejemplo de otros países y muy concretamente en la de nuestro vecino Portugal. ¿Es posible, por tanto, pensar en el ejercicio en solitario del poder sin renunciar de hecho a llevar adelante un auténtico proyecto socialista ?.

La reflexión comunista sobre la revolución en los países de capitalismo desarrollado tiene como uno de sus componentes esenciales la constatación de que ninguna fuerza puede llevar adelante un programa consecuentemente socialista en solitario, ni siquiera teniendo algo más del cincuenta por ciento de los votos. El significado profundo del concepto de "revolución de la mayoría" es precisamente el de impedir la escisión de las clases populares en dos bloques cerrados en torno a los objetivos de la transformación socialista. La revolución de la mayoría significa el protagonismo, precisamente, de esa mayoría, esto es, de un conglomerado social que es plural por definición, tanto en el plano social como en el ideológico y en el político. Exige,pues, la pluralidad de expresiones político-ideológicas y la pluralidad de las representaciones políticas y excluye,por definición el partido único, o el ejercidio del poder por una sola fuerza.

El problema clave es, pues, el de la unidad y las formas políticas en que esta unidad debe expresarse.Este es el único eje vertebrador de una política de hegemonía de la izquierda. La hegemonía dentro de la izquierda es un tema fundamental,pero secundario en relación con el anterior. Además no debe ni puede resolverse al margen sino dentro de la lucha por la unidad.

En realidad, esa hegemonía dentro de la izquierda sólo puede decidirse en la medida que la izquierda en su conjunto avance y se fortalezca, es decir, en la medida que predominen los intereses de los trabajadores y del conjunto de las clases populares y se den pasos reales hacia la transformación social, hacia el socialismo .

Subordinar la unidad a las exigencias tácticas, anteponer la lucha dentro de la izquierda por la hegemonía a la consecución de la unidad es debilitar ese movimiento general y, por tanto, es desfigurar el tema mismo de la hegemonía, convirtiendo el proceso político de la izquierda en un enfrentamiento entre grupos al margen

de los intereses reales y concretos de los trabajadores y del conjunto de los sectores populares.

La cuestión fundamental consiste hoy en dar una respuesta unitaria a los graves problemas de nuestro país, abriendo perspectivas al protagonismo de la clase obrera y al conjunto de los sectores populares. Y esto, se mire como se mire, sólo se puede conseguir con la unidad de las fuerzas de la izquierda. Con esta unidad se puede dar un impulso formidable a las energías populares y modificar la correlación general de fuerzas, evitando una salida estrechamente clasista de la crisis económica y situando el centro de gravedad político en los intereses de la mayoría de la población.

En cambio, sin esta respuesta unitaria me parece indudable que seguirán prevaleciendo las opciones de la derecha, se acentuará la desmovilización de una población desconcertada ante los enfrentamientos de unas fuerzas que deberían marchar juntas y, en definitiva, la lucha por la hegemonía dentro de la izquierda -- hoy prioritaria para el P.S.O.E. -- se convertirá en un enfrentamiento de debilidades aisladas de los intereses del pueblo.

IV

Estas consideraciones no agotan, evidentemente, el tema de las relaciones entre los socialistas y los comunistas. Hay otro plano, más general, que se debe tener igualmente en cuenta -- quizá con carácter principal : me refiero a la respuesta de la izquierda, a la alternativa de la izquierda ante la crisis generalizada del sistema capitalista, una crisis que no es sólo de la economía sino también de los valores profundos del sistema de civilización.

Las últimas contiendas electorales en los diversos países del mundo capitalista desarrollado han mostrado una progresiva pérdida de posiciones de los socialistas y de los comunistas como opciones de gobierno y un desplazamiento, más o menos contundente, hacia la derecha. En este sentido tiene una importancia extraordinaria el bloqueo de la unidad de la izquierda en Francia (con responsabilidades indudablemente compartidas por todos sus protagonistas). No menos transcendencia tienen las dificultades con que choca la estrategia del compromiso histórico en Italia, por la carencia de auténti-

co sentido nacional de la Democracia Cristiana y por los efectos paralizadores de la política de grandes bloques a nivel internacional. A este respecto creo necesario valorar el muy reciente acuerdo entre el Partido Comunista Italiano y el Partido Socialista Italiano (que no se agota en si mismo y se abre, en principio, hacia otras fuerzas) y también el sentido profundamente responsable y creador de la reciente propuesta del secretario general del P.C.I., Enrico Berlinguer, sobre un nuevo modelo de crecimiento y de desarrollo económico y social.

El fundamento de esa relativa incapacidad de las fuerzas de izuierda para dar una alternativa creadora a la crisis, una alternativa que aumente la confianza de las clases populares en sus propias posibilidades de intervención, tiene diversas causas.

Una de ellas es la división misma de la clase obrera. Hoy no se puede hablar de una clase obrera unificada, ni nacional ni internacionalmente. Subsisten profundas divisiones nacionales y existe una gran diversidad de encuadramientos políticos. No existe,pues, una clase obrera unificada y la tarea fundamental de las fuerzas de izquierda consiste en impulsar esta unificación a partir de una situación de diversidad nacional, de diferenciación cultural y geográfica dentro de cada país, de diferenciación técnica y categorial y, en definitiva, de pluralismo.

Otra causa es la aparición de nuevas formas de la lucha de clases, sobre todo desde la gran crisis cultural, social y política de 1968. Los acontecimientos de 1968 tomaron la forma de una gran explosión que se concretó en demandas de un nuevo tipo de relaciones sociales y de valores humanos. Desde entonces la crisis ha tomado nuevos derroteros, desarrollando gérmenes ya manifestados en aquel momento o dando lugar a nuevas contradicciones sociales. Algunas de éstas se manifiestan de forma compleja y hasta tumultuosa en movimientos como el feminista o el ecologista, o en la serie de experiencias y de reivindicaciones de los movimientos juveniles. Las fuerzas de izquierda deben saber dar respuestas concretas y alternativas válidas y creadoras a estas exigencias y aspiraciones, integrándolas en sus proyectos de transformación socialista y dándole de este modo su pleno y exacto sentido.

En tercer lugar, es indudable que estamos ante una nueva fase y,por consiguiente, ante la necesidad de definir una nueva concepción, del internacionalismo. Hoy no es posible seguir viendo este

concepto fundamental de la teoría y la práctica del movimiento obrero como una noción reductiva del tipo de la del "internacionalismo proletario" (transformada además en su vieja esencia por la instrumentalización de que ha sido objeto por los gobernantes de los países del Este en función de razones de Estado). El mundo actual se caracteriza por una enorme diversidad de fuerzas en presencia, por el despertar de energías hasta hace poco desconocidas,por la multiplicación de impulsos revolucionarios y, a la vez, por una reafirmación de la política de bloques militares y políticos. Se precisa, pues, un "nuevo internacionalismo", un movimiento capaz de agrupar a todas las fuerzas --por diversas que sean -- que se oponen al imperialismo, y que pueden superar los grandes bloques mediante una política de neutralidad activa, de no alineamiento y de paz. También aquí al acento debe ponerse, pues, en la diversidad, en el pluralismo, en la superación de dogmatismos estériles, en la capacidad de integración y en la apertura de horizontes. De nada sirven aquí las pretensiones de exclusivismo ni las tentaciones de acogerse, aunque sea parcialmente, a la protección de uno u otro de los grandes bloques.

¿Qué significa todo esto ? Significa que es precisa una nueva unidad y que para alcanzarla sus protagonistas -- y muy especialmente los socialistas y los comunistas -- deben proceder a un reexamen, a una revisión de sus concepciones teóricas y de sus estrategias, para verificar la validez de unas y otras y proceder a las necesarias modificaciones.

Y aquí quiero decir muy claramente que me parece totalmente estéril y antihistórica la afirmación que a veces he oído en boca de algunos dirigentes socialistas de que, en definitiva, todo se reduce a que los comunistas"regresen al tronco común" del que se separaron a partir de 1917. Hay que decir claramente que no hay tal tronco común, porque desde 1917 ha corrido mucha agua bajo los puentes, el mundo ha conocido experiencias políticas y económicas de enorme envergadura y tanto los socialistas como los comunistas hemos sido marcados profundamente por ellas porque hemos sido protagonistas más o menos directos de todas.

~~Esto es, por lo demás, el sentido profundo de lo que se ha dado en llamar el "eurocomunismo", término de origen periodístico que se presta a equívocos pero que indica una realidad muy profunda.~~

15

A lo largo de estos años difíciles socialistas y comunistas nos hemos visto confrontados con problemas tales como la edificación de la Unión Soviética, la crisis mundial de 1929 , el New Deal y el keynesianismo, el nazismo y el fascismo, los Frentes Populares, la II Guerra Mundial, los gobiernos de unidad antifascista al término de la guerra, y la escisión del mundo en dos bloques la guerra fría, el stalinismo, la creación del Mercado Común Europeo el auge de los movimientos de liberación en las antiguas colonias, las revoluciones china y cubana, la desestalinización, el conflicto entre la URSS y China, el auge capitalista de los años sesenta y la crisis de este auge a partir de 1968, la invasión de Checoslovaquia por las tropas del Pacto de Varsovia, la crisis del sistema capitalista , especialmente a partir de 1973, el problema de la energía y sus implicaciones políticas y económicas, Vietnam, Chile, las dictaduras militares en América Latina, Palestina, la guerra entre Israel y el mundo árabe, el difícil desarrollo de los movimientos de liberación en Africa, y últimamente, los grandes temas de Camboya e Irán. Y como realidad nuestra inmediata, la guerra civil española y la dramática lucha contra el franquismo.

En la vorágine de esta impresionante serie de acontecimientos, se ha esfumado la vigencia del viejo "tronco común". Los comunistas nos hemos visto reducidos en muchos momentos de esta dramática historia al papel de puntas avanzadas de un bloque dentro del otro. Y cada vez que hemos intentando superar esta situación hemos chocado con la presión del imperialismo norteamericano que hacía y hace todo lo posible para reducirnos a este papel. Y hay que decir que desde posiciones opuestas encontramos también una presión soviética que ,por motivos distintos, tiende a encerrarnos igualmente en esta posición.

Los partidos comunistas se han enfrentado con desigual fuerza y desigual audacia con esta doble presión, reforzando sus vínculos con la clase obrera y el conjunto de las clases populares y centrando sus energías en las respectivas realidades nacionales. El "eurocomunismo" es, en este sentido, el último y más cabal esfuerzo por romper esta doble presión, superar la lógica de los bloques y situar toda la energía, toda la capcidad de lucha de los comunistas en el terreno que le da (su auténtico) sentido: la realidad de las clases sociales en cada contexto nacional y, más exactamente, en el contexto de los países capitalistas desarrollados.

Los resultados de este gran esfuerzo son desiguales y ante las dificultades encontradas algunos partidos comunistas han tendido a refugiarse en las viejas certidumbres, esperando en el aislamiento la mejora general de la situación. Pero otros -- y entre ellos el P.C.E. y el P.S.U.C. -- seguimos empeñados en este combate, sabiendo que cuando más nos acercamos al objetivo más resistencia encontraremos en las alturas del imperialismo y, en general, en las cúspides de los dos bloques. Ahí están, por ejemplo, las presiones del gobierno norteamericano para impedir que los comunistas italianos asuman las responsabilidades de gobierno a que les dan derecho sus resultados electorales, aunque la consecuencia de estas presiones sea el ahondamiento de la crisis general de la sociedad italiana, Y ahí está, en otro plano, el intento de situarnos a nosotros, los comunistas españoles, a la defensiva, el intento de aislarnos, en el momento en que el gran capital español quiere imponer su propia solución a la crisis que vive nuestro país. Frente a estas presiones, el "eurocomunismo" ofrece una vía de salida a la clase obrera y al conjunto de las clases populares, ligando su propia lucha reivindicativa con los grandes intereses nacionales sobre la base de la unidad de todas las fuerzas auténticamente democráticas. El camino es, sin duda, difícil y no voy a referirme aquí a todas sus implicaciones. Quiero señalar, únicamente, que la actual situación de los partidos consecuentemente "eurocomunistas" tiene poco que ver con la de 1917 y con el "tronco común".

A su vez, los partidos socialistas han experimentado el duro impacto de esta misma historia política en condiciones diferentes. Los partidos socialistas se han encontrado metidos también en la lógica de los bloques y han sido conducidos en muchos casos a asumir el papel de gestores de los intereses del capitalismo avanzado. Ante esta situación han reaccionado de manera desigual y aunque en algunos casos ilustres han sabido mantener alta la bandera de la unidad de las fuerzas populares, en general han entrado como decía en la lógica de los bloques y han sido incluso puntas de lanza del anticomunismo de la guerra fría.

El panorama de los partidos socialistas es hoy diverso. Yo no sé, realmente, que identididad puede existir entre

una formación como la socialdemocracia alemana de Helmuth Schmidt y algunas corrientes socialistas de izquierda de la Europa del Sur, para poner un ejemplo.

También los socialistas tienen, pues, una compleja historia marcada por la escisión del mundo en dos bloques antagónicos. También ellos se encuentran, pues, ante la necesidad de reexaminar su propia colocación en la política mundial y nacional, sobre todo después de los últimos resultados electorales en la mayoría de los países capitalistas de Europa que señalan la terminación de una determinada línea política ~~socialista~~ de los partidos socialistas. No basta, pues, con resolver el problema mediante referencias genéricas al ~~el~~ "tronco común".

Yo creo en la necesidad y en la viabilidad del "tronco común" Pero no el del pasado sino el del futuro, el que tenemos que construir conjuntamente. ~~Naturalmente~~ Ese tronco común sólo puede tener un eje vertebrador: la unidad de las fuerzas obreras y populares y, en primerísimo lugar, la unidad entre socialistas y comunistas, a nivel nacional e internacional.

Este es, por lo demás, el sentido profundo del concepto de "revolución de la mayoría", hoy compartido a nivel programático por los socialistas y los comunistas españoles. "Revolución de la mayoría" significa que vamos a avanzar hacia el socialismo con la movilización activa de una mayoría que las propias contradicciones del sistema capitalista hace factible pero que hoy no está todavía políticamente formada. Hay que organizar esa mayoría. Y hay que organizarla sabiendo que es una mayoría no homogénea, plural y diversa. Esa mayoría sólo será políticamente operativa si se constituye y actúa a partir de lo que es, es decir, a partir del pluralismo, de la diversidad, de la democracia. Su unidad será forzosamente una unidad contradictoria que deberá construirse y reconstruirse en el proceso mismo de la lucha por el socialismo.

La unidad entre socialistas y comunistas es la premisa indispensable para constituir políticamente esa mayoría. Pero no es suficiente. La unidad entre socialistas y comunistas debe ser la base para extender la unidad más allá, hasta abarcar a todos los sectores populares, encuadrados hoy -- y ~~también~~ en el futuro -- por fuerzas e ideologías diversas.

La construcción de esta mayoría en el plano político exigirá

mucha imaginación y mucha capacidad de movilización. Y exigirá también nuevas formas organizativas, que superen las que han sido hasta ahora tradicionales del movimiento obrero y popular.

A los comunistas nos preocupa este tema desde hace tiempo y en los últimos años hemos intentadd perfilar una respuesta válida para el futuro inmediato. En el "Manifiesto Programa del Partido Comunista de España", discutido y aprobado en 1975 formulamos el problema en los siguientes términos :

> "El problema que se planteará ante las fuerzas que sinceramente quieren derrocar el explotador sistema capitalista y acceder al socialismo será el de unir sus esfuerzos con vistas a cumplir el objetivo común. Y para que esa unión sea efectiva, teniendo en cuenta que la realización del socialismo no es cuestión de un momento, de unas elecciones, de una reivindicaciones, habrá que lograr en definitiva formas de unidad en la acción no ocasionales, de largo alcance, articuladas y eficaces.
>
> El Partido Comunista considera que ya desde hoy habría que comenzar a elaborar el proyecto de una formación política, capaz de aunar todas las tendencias socialistaa, sin sofocar a ninguna, sin anular sus características ideológicas, sin comprometer su fisonomía particular, su independencia, su campo de acción propio.
>
> Esa nueva formación política, incluyeno partidos, agrupaciones, organizaciones diversas, que no sacrificarían sus estructuras, su ideologia, ni su programa específico, podría dotarse de un programa común socialista, de órganos comunes de elaboración colectiva de las decisiones políticas relacionadas con la aplicación de ese programa; podría establecer una cierta disciplina común en la aplicación de dichas decisiones. Cuando lo estimase útil podría afrontar luchas parciales, políticas, electorales o de otro género como tal formación.
>
> Así la nueva formación política representará una alternativa real de la sociedad capitalista, capaz de movilizar a la mayoría del pueblo, de aislar a los grupos políticos del capital monopolista, es decir, de crear las condiciones para el triunfo de la nueva sociedad que, aislados, ni nuestro partido ni ninguna de las otras agrupaciones socialistas serían capaces de crear.
>
> Si hablamos de una nueva formación política estable y permanente es porque ninguna unión ocasional puede ser suficiente para realizar una tarea histórica de tanta envergadura.
>
> Tal formación política representaría una garantía actuante del carácter democrático y pluripartidista de la sociedad socialista hacia la que marchamos y, en definitiva, una forma muy elevada de concreción política de la alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura".

Esto decíamos ya en 1975,cuando en plena dictadura franquista elaboramos el programa político del P.C.E. ante la situación política de tránsito a la democracia que ya se perfilaba. La cuestión sigue

siendo de una enorme actualidad y adquirirá toda su importancia a medida que las fuerzas populares consoliden sus posiciones políticas.

No hay, en definitiva, posi bilidad alguna de plantearse en serio la transformación socialista de nuestra sociedad por la vía democrática, pluralista y mayoritaria si no existe unidad entre las fuerzas políticas representativas de los sectores que deben forjar la nueva organización social. En circunstancias como las de Europa occidental y, más concretamente, como las de nuestro país ni los socialistas pueden pensar seriamente en construir el socialismo sin los comunistas ni éstos sin aquellos. Prescindir de la unidad es prescindir del objetivo programático del socialismo.

Construir esa unidad, desde hoy, desde el combate político y sindical de cada día y de cada hora es, pues, la tarea principal con que nos enfrentamos si de verdad queremos estar a la altura de nuestras responsabilidades.